

La pócima

Le narré a El la historia de mi secuestro, omitiendo los detalles que sabía no era prudente revelar, mientras ambos barriamos y sacudíamos el interior de la cabaña. Por suerte, mis libros estaban guardados en un baúl, o de lo contrario también los habría perdido. Puesto que el trabajo era demasiado y ambos estábamos fatigados de tanto llorar, El se fue a la cama mientras yo me dedicaba a la preparación de la pócima que debía dar a beber a Slaven. En esta ocasión, preferí trabajar en el interior de la cabaña en caso de que alguno de nuestros enemigos estuviese acechándome, pero tuve que quedarme en silencio largo rato para recobrar mis energías. Sabía que habría sido imposible recordar la fórmula del strigoi, así que recurrí a la magia, primero que todo, para que mi mente regresase al momento exacto en que Jimin había pronunciado aquellas palabras. Poco a poco, la ya conocida vibración hizo que mi entorno se disipase y de nuevo me hallé frente a él en la habitación oscura. Pude ver sus ojos y sus labios en movimiento y, para mi consuelo, descubrí que tenía la capacidad de recrear el recuerdo con absoluta precisión aun en medio de tanta tristeza. Reviví la escena en que Jimin recitaba su contrahechizo secreto hasta memorizar cada línea y, después, cuando supe que jamás olvidaría un solo verso, no pude evitar permanecer otro tanto en ese pasado reciente, en el cual su suave voz me arrullaba y su respiración parecía fundirse con la mía. Entonces, conforme lo observaba y escuchaba reiteradamente en soledad, un sentimiento se manifestó en mi interior y temí más que en toda mi vida: este era un dolor dulce e infinito que inflamaba mi pecho, consumía mis fuerzas y abrasaba mis sentidos como si se tratase de una llama viva. Comprendí que me atraía Jimin Drăculea. Aquella sublime emoción se develó ante mí, encendiéndose de repente y con un furor tal que me supe perdido. Me pareció que la totalidad de mi ser se dirigía hacia Jimin como si él fuese mi único destino y tuve la certeza de que ya nada, ni siquiera él mismo, podría devolverme la calma. Tal y como era, me parecía que encarnaba todo lo bello, profundo e inexplicable que había en el universo. La vehemencia de su espíritu me envolvía y me arrastraba hacia un lugar de dicha y sufrimiento hasta entonces desconocidos para mí, del cual no podía ni quería retornar. Me dije que mi atracción por él debía provenir de la fuente de toda magia y creación, pues no podía concebir que un sentimiento semejante fuese humano. Divina o demoníaca, aquella maravilla era solo mía y tenía poder absoluto sobre mí. Ese sí que era un verdadero rapto, uno en el que no podía discernir la participación de mi voluntad aun si tampoco deseaba huir. Parecía que la voz de Jimin era el eco de mi pensamiento, y creía reconocer todo aquello que amaba acerca de la vida y la eternidad en él, como si los límites entre nosotros fuesen ilusorios y hubiésemos estado juntos desde el inicio de los tiempos. Sin embargo, lo presentía inalcanzable y lejano, como un sueño que llega a su término con la claridad del día. A la sazón, tuve la certeza de que mi sortilegio del espejo había funcionado: aunque no comprendía con exactitud por qué Jimin representaba el verdadero reflejo de mi espíritu, lo era del modo en que el mayor secreto de nuestro corazón permanece dormido hasta que una fuerza externa lo ilumina y desencadena, liberándolo con tal ímpetu que se convierte en la realidad misma. En un momento determinado, sentí que Jimin habitaba en mí y creí delirar, pues se me ocurrió que tal vez había emergido de mis sueños, o que tal vez lo había imaginado. Sin embargo, mi corazón batía bajo el talismán que contenía su sangre pura, tan real como el mundo palpable que me rodeaba. Aunque hubiese deseado quedarme dentro de esa ensoñación que me permitía estar en su presencia indefinidamente, debía darme prisa en preparar el brebaje a fin de

devolverle la anhelada luz. Parte de mí temía que, una vez recobrase la mitad luminosa de su ser, Jimin decidiera partir de Voivodina. Sin embargo, además de la amistad que me unía a él desde que era niño, aquel amor recién descubierto me obligaba a ayudarlo a ser verdaderamente libre. Por ello, tras atizar el fuego en la chimenea y verter agua fresca en el caldero de cobre que había adquirido en Dobro, tomé el medallón en mi mano trémula y lo dejé escapar de entre mis dedos para que reposara en el fondo del recipiente. Siguiendo mi instinto de brujo, revolví la mezcla con cuidado al tanto que recitaba en voz baja la fórmula mágica del strigoi. Un denso humo escarlata se desprendió de la pócima, elevándose por el ducto de la chimenea hacia el cielo nocturno. Al aspirar aquella sustancia etérea impregnada de la esencia de Jimin, me sentí lleno de él y no pude evitar que algunas de mis lágrimas cayeran en el líquido.

—Su guardián ya lo encontró, llorará quien lo perdió —susurré, pensando en el amor que recién me había encontrado. Presentía que perdería a Jimin irremediablemente, y la más profunda tristeza se adueñaba de mí. Una vez la pócima se enfrió, la vertí en un fino frasco de vidrio que había heredado de mi madre, el cual había cumplido la función de botella de perfume cuando ella aún vivía. Yo lo conservaba vacío entre mis pertenencias hacía muchos años, siendo uno de los pocos objetos de carácter sentimental que habían sobrevivido, pues no poseía joyas o prendas que mi padre o mi tía hubiesen deseado guardar para mí. Era tan pequeño que cabía en la palma de mi mano y estaba recubierto de diminutas gemas semipreciosas. Escruté el talismán a la luz de la lámpara y, tras darle varias vueltas, concluí que estaba vacío. No sabía cómo había logrado Jimin introducirle su sangre, pero deduje que la piedra era lo suficientemente porosa como para absorber cualquier sustancia. Me dije entonces que, a manera de previsión, debía reemplazar el líquido vital de Jimin con el mío, así que me pinché el dedo con una aguja y, sosteniéndolo contra la porción cuarteada del talismán, esperé a que una gota fluyese. El material no me decepcionó: absorbió mi sangre, incluso una cantidad mayor de lo que había especulado en un comienzo, sin que quedasen rastros en el exterior. No me había lavado en días y mi aspecto era un verdadero desastre. Por ello, en cuanto amaneció, me di un baño de esponja en el cobertizo destinado a ello y me puse las prendas blancas con las que había llegado a Voivodina. Acto seguido, introduje el frasco que contenía el bebedizo en un saquito de cuero dentro del cual solía llevar el dinero, y lo sujeté a mis caderas por medio de un bonito cinturón negro que El había decorado con hojas y flores rojas. Era el día de mi humillación pública y me parecía que me esperaba el cadalso. Para empeorar la situación, había adelgazado a causa del sufrimiento y mis ojos, enrojecidos e hinchados de tanto llorar, habían perdido su brillo. En contraste, mis labios lucían tan pálidos como mis mejillas, que aun bajo las pecas ostentaban un tinte verduzco. En síntesis, si de mi apariencia dependía, no podría convencer a nadie de que no era un brujo profundamente desdichado. Me colgué el medallón del cuello y lo oculté bajo mi camisa con un suspiro, echándole un vistazo al cobertizo, del cual escapaba un hedor casi insoportable: El y yo tendríamos que lidiar calladamente con aquel desastre una vez resolviera mis asuntos pendientes con Jimin. En cuanto a SungRok, no me faltaban ganas de hechizarlo de modo que sufriese tanto como nosotros, pero contaba con que mi aliado strigoi hubiese planeado una venganza más satisfactoria. Si el plan de Jimin no resultaba lo suficientemente siniestro, yo mismo me encargaría de hacer que el reverendo y los suyos pagasen cada una de nuestras lágrimas. El día estaba frío y ligeramente brumoso cuando desaté la soga de Berz para partir hacia el pueblo. Estaba a punto de trepar sobre su lomo cuando un ruido proveniente del bosque me sobresaltó, y me viré hacia la espesura con el corazón en vilo. Entonces vi lo impensable: un enorme lobo gris emergió de entre los arbustos para avanzar directamente

hacia mí. Al comienzo, creí que llevaba un animal muerto entre las fauces pero, conforme se acercaba con trote ligero, dejé escapar una exclamación muda, incapaz de dar crédito a mis ojos: descubrí que la fiera transportaba a la pequeña Nóc que habíamos dado por muerta, sujetándola por medio de un grueso lazo trenzado que El había atado alrededor de su cuello con el propósito de distinguirla en la oscuridad, del cual pendía una sonora campanita de cobre. Nóc baló y dio coces en el aire al reconocer su entorno, y yo me precipité hacia ellos, llorando de alegría. El lobo la depositó con delicadeza en el prado y, tras mirarme con lo que podría haber jurado era la expresión de un ser humano, huyó en dirección a la montaña —¡Gracias! —sollocé tomando a Nóc en mis brazos y estrechándola contra mi pecho. Esperaba que el lobo me hubiese escuchado, pues ya lo había perdido de vista. Nóc, por su parte, estaba ilesa: debía haber huido antes del incendio, probablemente con la intención de encontrar una pastura fresca. Su rebeldía la había salvado y Jimin me la había devuelto. Estaba seguro de ello.